

consideró feliz al representar muy á propósito, en *Valeria*, una emperatriz y una cortesana. Se decía : «Hará bien el papel de emperatriz, pero ¿y el de cortesana?» Ahora bien : Esther hizo tan bien el de Licisca como el de Mesalina. Entre sus contemporáneos, ninguno ha olvidado la expresión, la alegría, el brío, el encanto de la cortesana romana con que caracterizó su papel. Estaba sublime cuando, con la copa en la mano, cantaba su himno al amor, un desaffo y una imprecación al mismo tiempo. Á pesar de eso, decían sus enemigos que si representaba bien, era porque sus maestros se lo marcaban todo como en un papel de música, fijándose siempre en las notas conocidas, y encadenando la pasión con el estudio. No se comprende entonces por qué no entusiasman al público los que representan de aquel modo. Se ha dicho de Lamartine:

«Lamartine es un ignorante, que no conoce más que su corazón.» Lo mismo se podía decir de Esther. ¡Qué importa! : tanto mejor, puesto que Lamartine fué un gran poeta, y Esther una gran comedianta. ¡Pidan Vds. á todos los sabios de la Sorbona que escriban las obras de Lamartine, y á todos los eruditos del Conservatorio que representen los papeles de Esther!

## XVII.

**Esther como mujer de mundo.**

En los tiempos en que Esther tenía aspiraciones mundanas, todos los salones le abrían sus puertas de par en par, porque en ella había algo de Princesa, lo mismo como mujer que como comedianta. Fué recibida y considerada como una potencia en los salones políticos. Conquistar á Esther, era conquistar un eco muy atendido por la opinión pública. El conde Molé, el más austero de los hombres políticos, aun delante del intransigente Guizot, dió una comida en honor de la gran Comedianta. No la colocó á su derecha, diciéndole:

—Quiero colocar á V. en lugar más preferente que ese, poniendo á V. á la derecha del príncipe de Tourville.

No dudó, al hacer esto, que publicaba las amonestaciones de un matrimonio de la mano izquierda; pero el Príncipe, aunque lobo de mar, no se lanzó en seguida al abordaje. Con Esther era siempre preciso parlamentar, pues le con-

quistaba á uno al momento con sus seducciones. Su dignidad, á la vez natural y estudiada, detenía á los más intrépidos. De aquel banquete se habló mucho en el teatro. El conde Molé dijo á Esther :

—No solamente nos encanta V. con su exquisito arte de expresarse y su genio artístico, sino que hace V. huir á los bárbaros.

Quería decir Hugo, Dumas y otros, porque al anciano ministro no le agradaba la poesía contemporánea. Se creía nacido en el gran siglo, y no admitía más que los maestros reconocidos como tales.

Así hacen todos los hombres que niegan su siglo, los cuales son ministros tan malos como pésimos críticos.

Esther se inclinó. El Conde continuó doctoralmente un sermón literario, que terminó con estas palabras:

—Seguramente que la lengua francesa tendrá que deber á V. un eterno reconocimiento por haberla salvado de los Hugo, de los Visigodos y de los Ostrogodos.

Esto lastimó á Esther, que amaba á Víctor Hugo.

Á renglón seguido, el conde de Molé cogió una copa y brindó por Esther, con estas palabras:

—Por Mlle. Esther, que ha salvado la lengua francesa.

La joven comprendió que era preciso contestar algo, y murmuró:

—Señor Conde, eso es tanto más meritorio, cuanto que nunca la he conocido.

Se celebró mucho esta contestación, lo cual rebajó un tanto la oratoria de aquel gran señor, convertido en profesor de retórica.

Á Esther, aunque siempre grande y solemne en la escena, no agradaban en la vida real las personas de carácter y estilo pretencioso; era cosa curiosa ver cómo se hacía la tonta para hacerlas bajar de su pedestal.

Le gustaba más el salón de M. Thiers, porque se convertía, digámoslo así, en un pilluelo de París, delante de aquella pilluela. Madame Thiers y Mlle. Dosne, que huían de los importunos, acogían á Esther con una infinidad de zalamerías, para que les declamara alguna fábula. Las noches que iba Esther á casa de M. Thiers, no se hablaba de política. Lo mismo sucedía en casa de la condesa Duchatel, por más que el Conde fuera ministro del Interior. Como las Bellas Artes y los teatros estaban entonces bajo la dirección del ministro, se creía más obligado que nadie á proteger á la Comedianta. Y la protegió con una gracia y una generosidad exquisita.

Un día que fué Esther á comer á casa de aquel hombre de Estado, se quedó extasiada delante

del centro de mesa, lleno de preciosas flores (1). M. Duchatel se levantó con objeto de cogerle un ramo de flores, pero no pudo alcanzarlas. M. de Salvandy, con graciosa galantería, le ayudó, y el centro fué completamente devastado por Esther, que murmuró sonriendo:

—Lo que yo admiro, no son las flores; es el centro de mesa.

—Pues bien (contestó M. Duchatel, que tenía sus momentos felices); acepte V. el centro como ha aceptado las flores.

(1) Era un centro de mesa, formado de una especie de fuente del gusto del Renacimiento italiano. Jules Leconte escribió acerca de él un artículo. Sobre el borde se veían colocadas preciosas tortolillas de plata mate, en diversas y encantadoras posturas. Del centro brotaba un caño de agua, que volvía á caer en menuda lluvia al recipiente, en donde varias tórtolas se inclinaban en actitud de beber. Otras se alisaban las alas con el pico; otras parecían cantar, mientras la inmediata bebía agua, con el pico levantado. ¡Era encantador! Esther estaba enamorada de aquel centro, obra en verdad digna de Benière, y en el primer año de su posesión, fueron muy á menudo sorprendidas ella y Lili por los amigos de la casa, ocupadas en ajustarle el pequeño mecanismo que lanzaba del depósito inferior el agua que motivaba los juegos de las tortolillas. Esther tenía muchos rasgos infantiles de éstos, y se ponía encantadora con su infantil y alegre abandono. Un día, que tenía convidados á comer á muchos de sus amigos, poetas y críticos, queriéndoles ofrecer alguna cosa extraordinaria, hizo mezclar con el agua un frasco de extracto de Portugal.

Esther no era tan tonta que rehusara.

—Señor Conde (le dijo), las rosas y violetas que V. me ha dado, son la alegría de mi alma; el centro que las guardaba, será la maravilla de mi comedor.

Esther había ido en un coche de punto á casa del ministro; después de una noche llena de triunfos, en la que había declamado escenas de varias obras, llegó la hora de retirarse. El conde Duchatel le ofreció su carruaje.

—Perfectamente (dijo ella); porque quiero llevarme mi centro de mesa, y así no tendré miedo de que me le roben.

El Ministro acompañó á la Comedianta hasta la escalera. Era un hombre de talento, que tenía sus momentos de buen humor.

—Señorita (le dijo); me considero muy feliz con que se lleve V. mi centro de mesa; pero le ruego que por lo menos me devuelva el carruaje.

Sabía que era muy capaz de quedarse con él. Ignoro si se le devolvió. Esther llamaba á esto chasquear á sus amigos.

El doctor Veron tenía doce preciosas copitas de plata cinceladas por Froment-Meurice; los helados se servían en ellas cuando tenía convidados. Un día fué Esther á las cuatro de la tarde, y pidió al doctor que le ofreciera un sorbete. Sofía, la célebre Sofía, que gobernaba en

absoluto al dueño de la casa, le llevó un helado de fresa y de frambuesa.

—Tome V. eso (le dijo el Doctor); es un soberano preservativo contra las tonterías del corazón.

—Sí, sí (dijo Esther); voy á tomarlo.

Y lo hizo tan al pié de la letra, que concluyó por guardarse la copa en el bolsillo.

—¡Ladrona! (exclamó Veron riendo); por esta vez pase; pero nada más que por esta.

Todo el mundo se rió á carcajadas.

Los amigos son siempre así; se divierten, por lo regular, con las malas pasadas que se le juegan al amo de la casa.

Al otro día, á la misma hora, idéntica escena.

—También paso por esta (le dijo Veron); pero si se repite mañana, daré parte á la policía.

Sin embargo, al siguiente continuó Esther sus hazañas; Sofía se incomodó, pero el Doctor le dijo:

—Cuando yo tenga sed en el infierno, me dará de beber Esther en las copas que hoy me coge.

Á los doce días todas las copitas adornaban el aparador de la joven.

Tenía la costumbre de tomar lo que le agradaba. «Todas las mujeres son ladronas como los pájaros,» ha dicho Hesiodo. Esther era ladrona como las gatas; pero con tanta gracia y tanto

ingenio, que se consideraba uno dichoso de ser desbalijado. ¿Qué es el hombre más que el administrador de la mujer?

¿Acaso no se complacía el conde Duchatel, lo mismo que el doctor Veron, encontrando aquellos objetos, que les habían pertenecido, en la mesa de Esther, cuando ésta les invitaba á comer?

Además, no tomaba nada sino á sus íntimos amigos, y era menester serlo mucho para que ella dijera: «¡Esto es para mí!»

Á mí me hizo el honor de cogerme un Greuze, y una infinidad de bagatelas que no he vuelto á ver nunca. Bien desgraciados son los hombres que se aficionan á las cosas en vez de aficionarse á las mujeres.

El corazón de Esther obedecía á dos impulsos diferentes. El primero era bueno, y le inclinaba á regalarlo todo; pero el segundo era malo, y concluía por volver á recoger lo que había dado. En cierta ocasión regaló á Beauvallet un magnífico sable: «No me lo volverá V. á llevar, le dijo aquel, porque pienso ponerle una cadena.»

Otra vez que regaló á Dumas una sortija, este se inclinó murmurando: «Yo se la regalo á V. ahora de nuevo, para evitar que me la vuelva V. á pedir.»

Esther se reía de su manía, y se excusaba, diciendo:

—No hay cosa más natural que volver á tomar lo que se da , puesto que lo que se regala es lo que se aprecia más.

Tenía más de una divisa. La primera , bien sencilla: *Todo ó nada*. La segunda, bien complicada: *Quiero que se me quiera como quiero yo cuando quiero*.

Mad. Allan tenía una lengua de víbora. Sus ofensivas palabras llegaban sin cesar á los oídos de Esther.

En *Adriana Lecceuvreur* hacia Mad. Allan el papel de la duquesa de Bouillon ; una noche dijo de pronto, antes de salir á escena : «Me falta la sortija envenenada.» Al oirla, le ofreció Esther una que llevaba , que era un magnífico rubí rodeado de brillantes. Mad. Allan dejó que le colocaran la sortija en el dedo. Después de la representación , saludó á Esther y le presentó la alhaja.

—¡Jamás!—exclamó Esther.

—Bien; pero V. me la volverá á pedir.

—¡No tal , porque al privar á V. de ella , me privaría yo del placer de verla en su mano!

Han acusado á Esther de traficar con los objetos que se apropiaba. Pura calumnia; tan sólo una vez rogó á uno de sus amigos que le diera una guitarra, diciéndole: «Creerán que es la guitarra en que tocaba yo en la Plaza Real y en la Plaza de la Bastilla.»

Hacia poco tiempo que la guitarra estaba en casa de Esther , cuando M. Achille Fould se fijó en ella.

—Con eso me ganaba yo la vida antes , dijo Esther con aire sentimental.

—Deme V. esa guitarra (contestó M. Fould); para mí será de más valor que para V.

—Sí, de fijo de más valor , porque me dará V. por ella mil napoleones.

Achille Fould no daba nunca más que la mitad de lo que se le pedía ; ofreció quinientos ; pero Esther no rebajaba ni uno ; el ministro de Hacienda no tuvo más remedio que conformarse con el precio , lo que hizo de buena gana , porque también él representaba á los Médicis. Tenía buena escuela ; había pasado tres temporadas en Florencia y en Roma , en compañía de las antiguas obras maestras.

Con este motivo se arrojaron algunas piedras al tejado de Esther , que no permitía que se le arrojaran más que piedras preciosas. La verdad es que no tenían razón , pues los mil napoleones fueron derechos á casa de la amiga de la Comedianta.

Esta amiga era la célebre Rhea , una Aspasia de la antigua Grecia.